

dian ser más heterogéneos, y Maximiliano no tenía la suficiente energía para darles unidad y cohesión. Ni supo seguir una política firme, constante, avasalladora, que vigorizara la acción de su gobierno y se impusiera á las fracciones rivales que se disputaban el poder. Así se le vió fluctuando entre los partidos, sin decidirse por ninguno, durante su efímero reinado, unas veces halagando á los conservadores, otras á los liberales, para romper al fin con liberales y conservadores; y echarse en brazos del partido clerical que acabó de desprestigiarle y preparó la catástrofe de Querétaro, como tendremos ocasion de demostrar en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II.

Ataca Escobedo la ciudad de Matamoros y es rechazado.—Juarez vuelve á establecer su gobierno en Chihuahua.—Escisión entre Juarez y Ortega.—Toma de Bagdad.—Discurso de Maximiliano.—Es atacada la legación belga en Rio-Frio, y herido el baron Huard.—Escaramuzas entre las guerrillas juaristas y las tropas imperiales.—Capitulación de Matamoros.—Continúan los trabajos para la organización del Imperio.—Economías que propone Mr. Langlais.—Modificación ministerial.—El ministro Lacunza.—Otro manifiesto del general Santana.—Sus intrigas en los Estados-Unidos.—El Congreso de Washington decide apoyar á Juarez.

I.

En todos los países que han pasado por un largo período de convulsiones políticas, las guerras puramente civiles han sido siempre seguidas de otro período de bandolerismo. Así sucedió en Francia después de las guerras del siglo xv, en Alemania después de la guerra de 30 años, en Italia en casi todas las épocas, en Grecia en nuestros días. Méjico siguió fatalmente esta ley histórica; pero si es preciso deplorarlo, no debe causar admiración ó creer que sea un país excepcionalmente dotado del espíritu del mal. En las luchas civiles, el alma se acostumbra á la dureza, la moral pierde prontamente sus derechos, y la costumbre viene pronto á considerar como ley suprema la ley del más fuerte. La vida de los campos engendra el amor á la ociosidad, y cuando la paz se ha restablecido, no faltan hombres que se niegan á volver á los trabajos honrados y tranquilos, y que habiendo perdido todo sentido moral, no piensan más que en subsistir á espensas de otro. Estos no son más que

bandidos que se ponen voluntariamente fuera de la ley, y á quienes la sociedad tiene el derecho y el deber de perseguir sin tregua ni piedad.

Que hubo en Méjico gavillas de bandoleros que saqueaban las haciendas, y robaban las diligencias y viajeros, no puede negarse; pero que lo fuesen todas las partidas más ó ménos numerosas que siguieron recorriendo el país, aun después de la evacuación de Chihuahua, como aseguraban los periódicos de Méjico, para disculpar el decreto de 2 de Octubre, sería locura creerlo. Creemos haber dicho ya en otra parte que nunca faltaron las guerrillas en todo el trascurso de la guerra. Si se encontraban un destacamento imperial, le hacían frente; si encontraban una columna más numerosa, la guerrilla se dividía en pelotones, que se dispersaban para volver á reunirse en tiempo y lugar oportuno.

Desbandadas las fuerzas que formaban el mayor contingente de las huestes republicanas, continuaron recorriendo el país pequeñas partidas, que lastimosamente confundían en Méjico con las gavillas de bandoleros. Una partida bastante numerosa, compuesta de 200 ginetes acaudillados por Troncoso, se acercaron á últimos de Agosto, á la plaza de Ixtlahuaca, llegando á incendiar la casa del peaje; pero fueron rechazados por la guarnición, y tuvieron que unirse después á los restos de las fuerzas de Pueblita. Formaban estas un total de 300 hombres de infantería, con tres piezas de montaña y 400 ginetes que Riva Palacio había puesto al mando de Ugalde.

Por las inmediaciones de la ciudad de Tehuacan andaba también la hueste de Figueroa, que debía ser bastante crecida, puesto que á mediados de Setiembre consiguió hacerse dueño de la ciudad, que abandonó en seguida después de apoderarse de los caudales públicos, y haber exigido la cantidad de 100.000 pesos á las personas más acomodadas del vecindario. Casi á las puertas de la capital, entre Veracruz y Córdoba, recorría el país Sotomayor, molestando siempre á los destacamentos imperialistas y atacando sus convoyes. Tenía á sus órdenes 400 ó 500 hombres, y en el mes de Octubre se atrevió á atacar el tren que salía de Paso del Macho, cuyo pueblo era cabeza de línea



VISTA GENERAL DE MATAMOROS

Lit. de N. Gonzalez, Madrid

MÉJICO

en el ferro-carril de Orizaba. Sabiendo Sotomayor que el tren conducía tropas enemigas, lo hizo descarrilar; las atacó con decisión, y después de un corto combate en que resultaron 2 oficiales y 8 soldados muertos, hizo prisioneros á todos los que componían el destacamento.

La guerra se arrastraba lánguida, limitándose á estas escaramuzas; pero ya fuese que el fusilamiento de los generales Arteaga y Salazar, enardeciera el coraje de los republicanos, ya que quisieran aprovechar el breve tiempo que á Juárez le quedaba de ejercer sus funciones de presidente, lo cierto es que á últimos de Octubre se notó desusado movimiento entre los juaristas. Dirigidos por Escobedo, intentaron dos ataques en los días 25 y 26 del citado mes, contra la ciudad de Matamoros, pero fueron rechazados por los imperiales mandados por Mejía, y Escobedo tuvo que retirarse hácia el río Bravo.

Vigoroso debió ser, sin embargo, el empuje de los republicanos, porque á principios de Noviembre tuvieron que abandonar el territorio de la Sonora el coronel Garnier y las tropas francesas, dejando encomendada la defensa al gobernador civil Sr. Campillo, el cual pudo organizar numerosas fuerzas compuestas de indios *Yaquis* y voluntarios mejicanos, con los cuales derrotó una partida de republicanos en Hermosilla. Casi por el mismo tiempo sucedía un hecho en Matamoros, precursor de la actitud que se disponía á tomar el gobierno de los Estados-Unidos con respecto á la cuestión de Méjico. Un buque francés, el *Leverrier*, se había ido á pique cerca de Bagdad; y su capitán dirigió al general mejicano Mejía un parte detallado, del cual resultaba que los soldados americanos habían disparado sobre el buque cuando se hallaba zozobrando. El general Mejía nombró inmediatamente una comisión encargada de averiguar lo ocurrido y salió con este objeto el 30 de Noviembre para Brownsville.

Siguió avanzando la reacción de los juaristas, hasta el punto de que los franceses tuvieron que abandonar los Estados de Sinaloa y Chihuahua, en cuya capital volvió á establecer Juárez el centro de su gobierno el 20 de Noviembre, aunque por breve tiempo,

como veremos más adelante; pero los imperialistas compensaron este revés atacando á Escobedo y arrojándole de Monterey el 25 de Noviembre, de cuya plaza se había apoderado pocos días antes. Los franceses llegaron á marchas forzadas en los momentos más críticos, y las tropas de Escobedo fueron rechazadas después de dos días de combate.

Llegamos á los críticos momentos, de supremo peligro para la causa nacional, en que se declaró abiertamente la rivalidad entre Juárez y el general Ortega. Concluía el 30 de Noviembre el período administrativo del primero, y el segundo, que había ejercido el cargo de presidente del tribunal Supremo, se creyó con derecho para reemplazarle, en virtud de lo prescrito en un artículo de la Constitución mejicana. Ambos publicaron sus manifiestos dirigidos al país; Juárez anunciaba que continuaría ejerciendo sus funciones hasta que las circunstancias permitieran una nueva elección, y aceptando desde luego la responsabilidad de todos sus actos; Ortega reclamaba la presidencia apoyándose en un artículo de la Constitución, en virtud del cual, cuando muere ó renuncia el presidente propietario, y no es posible la elección, corresponde ejercer este cargo al presidente del tribunal Supremo.

Así interpretado el artículo tocaba ejercer en efecto la presidencia al general Ortega; pero Juárez se apoyó en lo escepcional de las circunstancias por que atravesaba el país, negando además de un modo terminante el derecho de Ortega, puesto que se encontraba ausente de Méjico y había establecido su residencia en los Estados-Unidos. Ortega rompió abiertamente con Juárez protestando públicamente contra la prórroga de los poderes de éste, en lo cual fué secundado por D. Manuel Ruiz, que le había sucedido en la presidencia del tribunal Supremo y estaba además encargado del ministerio de la Guerra. Ruiz publicó un manifiesto declarando que Juárez no tenía derecho para elejirse á sí mismo, y proclamando á Ortega como presidente legal. Juárez no cedió, sino que continuó ejerciendo tranquilamente sus funciones de presidente; en cuanto al general Ortega, no se

movió por entonces de los Estados-Unidos; y con respecto al general Ruiz, parece que lleno de despecho se sometió poco tiempo después al Imperio. Así terminó este incidente, que no tuvo otro resultado que aumentar el prestigio y la fuerza moral de Juárez en el concepto de sus conciudadanos. El hombre de frac demostraba una vez más cuán grande era su superioridad sobre los que ceñían espada.

En esta agitada existencia de Juárez, alternaban con pasmosa rapidez los días prósperos con los adversos, el júbilo de la dificultad vencida con la contrariedad de nuevos obstáculos. Acababa de sobreponerse á la rivalidad de Ortega, pero no tuvo tiempo de gozarse en su triunfo. El 20 de Diciembre salía otra vez de Chihuahua, donde se había sostenido un mes justo. Atacada la plaza por los franceses, Juárez volvió á su fortaleza del Paso del Norte, acompañado de los miembros de su gabinete, de sus oficiales generales y de su escolta, no sin que fuera vivamente perseguido en la retirada.

La conquista de Chihuahua cerró la serie de los sucesos militares ocurridos durante el año de 1865, poco favorables en general á la causa republicana. A fines de Diciembre los imperialistas eran dueños de casi todo el territorio de Méjico; habían conseguido restablecer sus comunicaciones entre Tampico y San Luis; las fuerzas armadas de la Sierra, que durante siete años sostuvieron una guerra obstinada y sangrienta contra todos los gobiernos constituidos, se habían sometido al Imperio de la manera más solemne. No cejaban, sin embargo, los partidarios de la república. Los emisarios de Juárez trabajaban con ahinco, unos en los Estados-Unidos para interesar á su gobierno en su causa, otros en el país, procurando inteligencias en todas partes. El año concluyó con una conspiración que tenía por objeto sublevar en contra del Imperio las guarniciones de Pachuca, Morelia y otras varias ciudades de Michoacan. La conspiración abortó; su promovedor el coronel Patiño fué preso y sentenciado á muerte; pero al ser puesto en capilla prometió hacer revelaciones, y como se creyó que serían importantes, fué enviado á la capital á disposición del general Bazaine.

Los días de prueba habían, sin embargo, pasado para los esforzados defensores de la causa nacional. Los dejamos acampados á orillas del río Bravo, en tan precaria situación, que más próximos parecen á la emigración que al triunfo. No sucedió lo que parecía más lógico y más probable; sucedió lo inesperado, lo improbable, lo inverosímil; porque aquel puñado de patriotas que se agrupaba alrededor de Juárez, consiguieron levantar el decaído espíritu del país, sublevarlo en masa y deshacer en año y medio todo lo que había hecho la intervención en tres años.

II.

Con la toma de Bagdad (4 de Enero de 1866) empieza una nueva fase de la guerra, y los primeros albores de la restauración. Ya desde entonces nada podrá detener el avance de las huestes republicanas desde Bagdad á Matamoros, desde Matamoros á Querétaro, desde Querétaro á Méjico. Aquel vago presentimiento de la victoria que sostiene su fé, después de tantos descalabros, va á cambiarse en seguridad completa, porque la voz de su patriotismo ha despertado á sus conciudadanos, y el rumor de sus heroicidades ha escitado las simpatías de la nación más poderosa de la tierra. Vencidos y acorralados á orillas del río Bravo, han dado muestras de tener *ese heroísmo del aguante*, que como decía nuestro insigne Solís, *es el segundo valor de los hombres, tan hijo del corazón como el primero*. Ya saben que no están solos; tienen, es cierto, á su frente las legiones francesas y un puñado de traidores; pero saben también que á sus espaldas están los Estados-Unidos con su prestigio, con su cooperación, con sus auxilios. En lo sucesivo no han de faltarles hombres, armas, dinero, ninguno de los elementos que centuplican las fuerzas y exaltan el valor.

Bagdad es una ciudad mejicana, de escasa importancia, situada en la desembocadura de Río-Grande, y enclavada en las fronteras de Tejas. Su adquisición tuvo cierto eco en el Imperio y aun en Europa, más que por lo que significaba en sí misma, por las circunstancias y la manera con que se ve-

rificó. Manifestóse entónces de un modo ostensible la actitud de los Estados-Unidos, y desde aquel momento ya pudo preverse cuál sería la suerte del Imperio. Era evidente que el gobierno de los Estados-Unidos patrocinaba la causa de la República, y que no consentiría que el trono de Maximiliano sirviera de bandera y de centro de propaganda á la Europa monárquica.

Mientras el general Crawford, á quien Juárez había nombrado comandante en jefe de un cuerpo auxiliar que se estaba organizando en Tejas, se ocupaba en reclutar y disciplinar su gente, una columna de americanos á las órdenes del general Reed, segundo de Crawford, dirigió un ataque á la ciudad de Bagdad, sorprendió la reducida guarnición imperial, y se hizo dueño de la población. El día 6, un buque de guerra francés y dos cañoneras bombardearon la ciudad; hubo un sangriento combate entre las tripulaciones y los 400 americanos, y la victoria estaba indecisa, cuando llegó el general Weitzel, comandante de las tropas de los Estados-Unidos del distrito de Rio-Grande, y ocupó la población bajo pretexto de conservar el orden. Contra este acto protestó el comandante de la escuadra francesa, y aun parece que el gobierno de los Estados-Unidos desaprobó el proceder de Weitzel, destituyéndole por su conducta en aquellos sucesos y su violenta correspondencia con el general Mejía, pero la plaza quedó por de pronto en poder de los americanos.

Preparáronse los imperialistas para el ataque, y los republicanos para la defensa, con igual empeño por ambas partes. A la primera noticia, el general Crawford había salido de Brownsville con dirección á Bagdad, y 1.500 imperialistas salieron de Matamoros para atacar á los filibusteros. El mariscal Bazaine, de acuerdo con el general Mejía, estableció un plan de operaciones para la pacificación del distrito de Rio-Grande, y al mismo tiempo hacía saber al general francés Yanningres que salían grandes refuerzos para Matamoros y el Saltillo.

Pocos días permaneció Bagdad en manos de los americanos. Reforzada la división naval francesa de las costas occidentales de América, que mandaba el baron

Didelot, con la fragata de vapor *Themis*, las corbetas de vapor *Duchayla* y *Rolland* y el aviso de vapor *Megere*, pudieron los franceses tomar una actitud imponente; y como la plaza no estaba en disposición de soportar un segundo bombardeo, fué evacuada el 26 de Enero, en cuyo mismo día entraron en ella las tropas imperiales. El general Crawford consiguió fugarse á los Estados-Unidos, donde fué preso y encerrado en el fuerte de Jackson, cerca de Nueva-Orleans; pero consiguió evadirse á los pocos días.

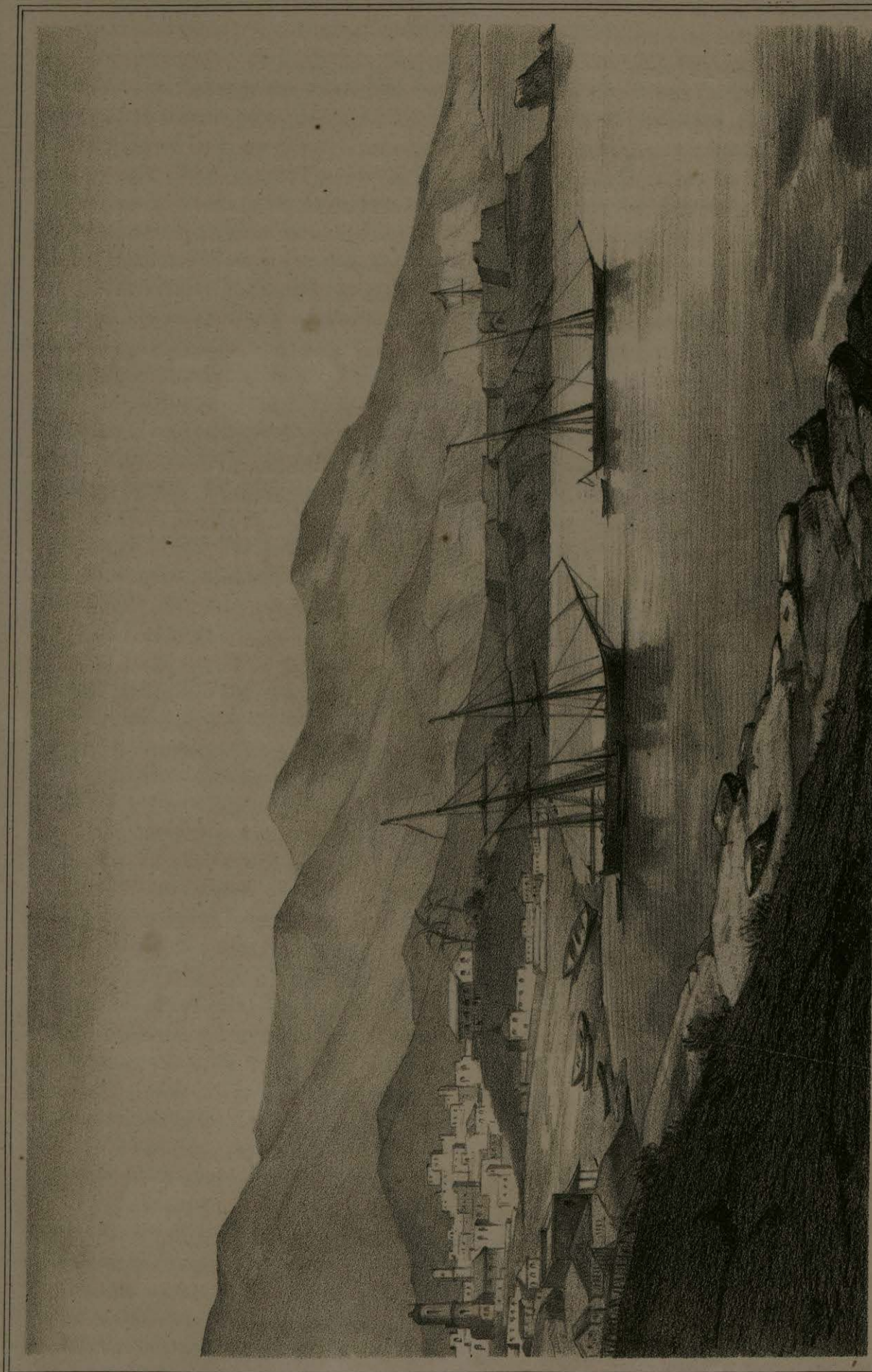
La noticia de lo ocurrido en la desembarcadura de Rio-Grande suscitó grandes temores de que se rompieran las buenas relaciones que existían entre los gabinetes de Washington y París: pero un despacho del ministro de Francia en Washington, vino á tranquilizar los ánimos. Mr. Montholon refería lo ocurrido en Bagdad, atenuando su importancia, achacando toda la culpabilidad á Crawford, y reiterando la seguridad de que el gobierno de los Estados-Unidos estaba decidido á no dejarse arrastrar á un conflicto con Francia, por culpa de los filibusteros y de los agentes de Juárez (1).

III.

A escepcion de la toma de Bagdad, de la de Atamas en el Estado de Sinaloa y de la capitulación de Matamoros, sucesos todos favorables á la causa republicana, apenas sucedió ningun hecho de armas que merezca especial mencion durante los seis primeros meses de 1866. Alarmado Maximiliano con los sucesos de Bagdad, y sabiendo que Juárez continuaba recibiendo refuerzos de los Estados-Unidos, no obstante las protestas de neutralidad, concibió el proyecto de restablecer la antigua línea de defensa que hubo en tiempo de la dominación española. Segun este sistema, debía fortificarse á Méjico, Puebla, Orizaba, Córdoba y Veracruz, en cuyas ciudades existían ya otras de defensa que podían terminarse, volviendo á construirse además los antiguos fuertes que se alzaban en Rio Frio, en diferentes puntos de

Véase los Apéndices.

MÉJICO.



Lit. de N. Gonzalez, Madrid

VISTA GENERAL DE ACAPULCO.

las Cumbres y en los desfiladeros de las Tierras Calientes. Con una guarnicion poco numerosa, establecida en dichos puntos y provista de víveres y municiones, la defensa podia prolongarse mucho tiempo, si como se temia, los republicanos avanzaban para recuperar el terreno perdido.

Este plan no llegó á realizarse, ó se aplazó para más tarde, porque durante algunos meses, cinco de las principales provincias de la antigua República, Sonora, Baja California, Sinaloa, Oajaca y Yucatan, sostuvieron por sí solas la lucha con las guerrillas juaristas, gobernadas por autoridades mejicanas, ayudadas por tropas indígenas. Puede tambien contarse el Estado de Tamaulipas, cuyo jefe militar, general Mejía, ocupaba á Matamoros. El general Mejía continuaba contrarestando con vigor los esfuerzos de los juaristas unidos á los filibusteros americanos, á orillas de Rio-Grande.

A mediados de Enero hubo gran recepcion en el palacio imperial de Chapultepec, con motivo del reciente fallecimiento de Leopoldo I, Rey de Bélgica, padre de la Emperatriz, y con objeto de espresar á los soberanos el sentimiento que habia causado á los cortesanos y altos funcionarios esta desgracia. El Emperador, despues de dar las gracias á las personas que con tan triste ocasion les tributaban tales pruebas de afecto, y de elogiar altamente al monarca difunto y á la Constitucion que tanto habia contribuido á desarrollar la prosperidad de Bélgica, pronunció las siguientes palabras:

«Nos, sabremos aprovechar este gran ejemplo, con que Dios nos ha querido enseñar que su Providencia no abandona jamás á los monarcas justos y honrados en sus nobles empresas. Su hija, la Emperatriz, acaba de hacer un penoso viaje á comarcas lejanas, en un clima peligroso, sin otra guardia que el amor del pueblo; por todas partes ha encontrado la más franca y cordial acogida, que ha revelado una vez más la simpatía que existe entre la nacion y nosotros, cuando los descontentos se complacían en proclamar que mi augusta esposa no encontraría á su paso más que indiferencia, cuando calumniadores se habian atrevido á decir que olvidaría su deber retirándose á Europa. En esta ocasion me es grato espresar especialmente mi pro-

GUERRA DE MÉJICO.

fundo reconocimiento á la heroica Veracruz y al hermoso Yucatan, que recibieron á la Emperatriz con un afecto que quedará para siempre grabado en mi alma.

»En cuanto á mí, señores, vosotros habeis sido testigos de mis trabajos. Dejando á un lado las teorías vanas que solo conducen á la anarquía, he consagrado mis desvelos al arreglo de la administracion pública, al desarrollo de los elementos de prosperidad y riqueza del país, y á la solucion de las grandes cuestiones que más lo han preocupado.

»En esta árdua tarea he sabido resistir á la impaciencia de unos y al desaliento de otros, porque las llagas abiertas por 50 años de guerra civil no se cicatrizan en un dia; pero firme con la conciencia de mi fé, marché derecho á mi fin con infatigable perseverancia. Mis fuerzas podrán desfallecer, mi ánimo... ¡nunca!

»De intento no procuro cambiar las costumbres democráticas de la nacion, pues me asiste la conviccion de que ellas elevan el espíritu del ciudadano, inspirándole la conciencia de su dignidad y de su valor. He respetado la libertad de la prensa cuando no ha degenerado en libertinaje, al mismo tiempo que he hecho respetar la autoridad de la ley. ¡Muy ciego será el que no vea que una autoridad fuerte es la última áncora de salvacion de nuestra patria!

»Vosotros habeis podido observar mi calma enmedio de las calumnias que se han levantado contra nosotros en el extranjero. ¡Adelante, señores! que las calumnias pasarán y permanecerán nuestras obras.

»Fuerte con el apoyo de mi conciencia y con la rectitud de mis intenciones, contemplo tranquilo el porvenir. ¡Méjico ha puesto su honor en mis manos: pues bien; sepa que su honor en mis manos no menguará!»

Así terminó el discurso de Maximiliano, quien no desaprovechaba ninguna ocasion para manifestar públicamente sus hidalgos sentimientos y sus ideas liberales.

Las guerrillas juaristas, que con frecuencia interceptaban las comunicaciones entre Veracruz y Méjico, atacaron el 4 de Marzo en Rio-Frio á la legacion extraordinaria belga encargada de notificar el advenimiento al trono de Bélgica de Leopoldo II. En

el reñido combate que se trabó entre belgas y mejicanos, fué herido el baron de Huard, jefe de la diputacion, y muerto uno de sus ayudantes. El 18 del mismo mes, las tropas francesas, mandadas por el general Aymard, derrotaban á una columna de republicanos, mandada por Regules, en la provincia de Michoacan: casi al mismo tiempo, el general Douay derrotaba á los juaristas en Pavas, en la parte septentrional de Méjico; pero habiendo recibido refuerzos los republicanos, atacaron á los franceses mandados por el baron de Briar, el cual murió en la refriega. Sifiado el general Douay en la iglesia de Pavas, dificilmente pudo sostenerse con 50 hombres hasta la llegada de nuevos refuerzos.

El mes de Abril trascurrió sin que sucedieran hechos militares de alguna consideracion. Andaban alternados los triunfos y los reveses para cada una de las partes beligerantes. Las fuerzas de Alvarez atacaron la plaza de Acapulco; pero la guarnicion resistió bravamente, y el enemigo tuvo que retirarse despues de haber experimentado sensibles pérdidas. En Carolina, el coronel Vera perseguía á Simon Gutierrez y á Cepeda, que mandaban 250 caballos. La Guardia rural de aquella ciudad salió á su encuentro, mandada por el comandante Vallarta, y los derrotó completamente, tomándoles todo el botin que habian hecho en los pueblos vecinos, y 120 caballos, 20 fusiles y 58 lanzas.

En las cercanías de Zitácuaro y Laureles, la compañía franca de Méjico sorprendió la partida de Feliciano Mejía, compuesta de 150 hombres, y le hizo 20 muertos, 15 heridos, y le quitó 25 caballos y un gran número de armas. Cerca del rio de Lerma, Ledesma y Chaves, acosados por el general Aymard, se arrojaron sobre Villachuato, donde se encontraban 60 mejicanos. Estos resistieron durante tres horas, y la compañía franca del 51 de línea llegó á tiempo para libertarlos y obligar al enemigo á retirarse, habiendo sufrido numerosas pérdidas. En Zacatecas, el comandante D. Alejo Romo volvió á dar alcance á la partida de Dionisio Perez, cerca de San José de la Isla, en cuyo encuentro perdió éste cuatro hombres y 10 caballos.

El coronel Randon y los guardias rurales

de Jerez y Villanueva persiguieron activamente á Garcia de la Cadena. En Sinaloa, el general Losada, despues de su brillante victoria obtenida en Huajicari, prosiguió su marcha adelante, y el 1.º de Abril volvió á encontrar al enemigo en Villa de la Concordia. Despues de un combate de cinco horas, las fuerzas de Corona huyeron en desórden, dejando en el campo 200 heridos é igual número de muertos, contándose entre ellos un general, un coronel y ocho oficiales. El dia siguiente batió tambien una fuerza que venía en auxilio de Corona, haciéndole 32 muertos y 50 heridos. Los disidentes, mandados por Luis Terrazas, lograron volver á entrar en Chihuahua, á pesar de la enérgica resistencia de la guarnicion. La poblacion quedó fiel al Imperio, y una comision de sus habitantes fué á pedir á Terrazas que saliese de la ciudad con sus fuerzas. La pequeña ciudad de Parras, gracias á la energía de sus habitantes, y á la actividad del Sr. Campos, su prefecto, organizó una buena defensa, poniéndose en estado de repeler cualquiera tentativa de los disidentes de la Laguna.

Escobedo, que despues de su mal éxito en Matehuala, se dirigió para Tula, vióse obligado de nuevo á retirarse, sin haber podido alcanzar nada contra esta plaza. Las disposiciones tomadas para la defensa de ella, dieron lugar á esperar la llegada de las columnas móviles, salidas de San Luis y Matehuala para protegerla. En su marcha para socorrer á Tula, el coronel d'Ornand dispersó enteramente la caballería de Vicente Martinez, que procuraba molestar su retaguardia. El comandante Araujo, con sus guardias rurales, dió pruebas del mayor vigor en esta accion: 10 muertos, 24 prisioneros, 30 fusiles, 26 lanzas y 51 caballos quedaron en poder de los vencedores, y Martinez escapó abandonando sus armas y caballo.

La columna austriaca, mandada por el mayor Czillich, que apoyaba las operaciones de Tlacotalpam, obtuvo un notable triunfo sobre las partidas de Figueroa, que estaban posesionadas del cerro de Soyaltepec. Otra columna á las órdenes del capitán Czaykowsky ocupó á Zongólica, cuyos defensores se retiraron hácia Tehuacan. En

fin, la compañía del capitán Braunel, de la contra-guerrilla, sorprendió el 15 de Abril cerca de Alpayeca, la guerrilla de Juan Cano, matándole 10 hombres y quitándole 60 fusiles y 15 caballos.

Pero desde el mes de Junio empezó á tomar gran cuerpo la insurreccion, doblemente alentada por el apoyo que la prestaba el partido radical de los Estados- Unidos, y con la expectativa de los acontecimientos que se preparaban en Europa, á causa de la guerra que se juzgaba inminente entre Prusia é Italia contra Austria. Las esperanzas de los republicanos no eran por cierto infundadas, porque durante la guerra que tuvo lugar en el verano de 1866, Austria, que tuvo que librar temibles batallas con los prusianos, no pudo ni pensar siquiera en auxiliar á Maximiliano, y Francia que anhelaba impaciente ver llegar el dia en que sus tropas volvieran de las playas mejicanas, no quiso tampoco mezclarse más de lo que lo habia hecho, en las complicaciones y graves compromisos que le ocasionaba la cuestion de Méjico.

Empezaban, pues, los verdaderos conflictos para Maximiliano. La importante plaza de Matamoros, tantas veces tomada y tantas veces perdida durante el curso de la guerra, vigorosamente atacada por el cuerpo republicano que mandaba Escobedo, capituló el 23 de Junio, rindiéndose á los comisionados nombrados por el general Carvajal. El general Mejía, con las tropas de su mando, se embarcó entre tres y cuatro de la tarde, protegido por el pabellon de los Estados- Unidos. La ciudad se entregó sin que se derramase sangre alguna ni se cometiesen desórdenes, tomando el mando de ella el general José de la Garza, y concediéndose á los imperiales las más ventajosas condiciones. No hubo violacion alguna de las leyes de neutralidad. Escobedo entró en Matamoros el dia 24, y con la posesion de esta plaza y la de Bagdad, que tambien cayó en poder de Juarez, los republicanos quedaron dueños de toda la márgen derecha de Rio-Grande; con lo cual y con la adhesion de todas las demás poblaciones de aquel distrito, que se pronunciaron en favor de la Republica y de Juarez, quedó este en aptitud de atacar el puerto de Tampico, cuya plaza no podría resistir lar-

go tiempo, puesto que su guarnicion se componía de mejicanos, á quienes la autoridad imperial obligaba á tomar las armas, y de las que se creía no harían uso contra sus hermanos. La noticia de la toma de Matamoros hizo cundir el fuego de la insurreccion por todos los Estados del Norte, y á últimos de Junio se esperaban movimientos importantes en favor de la República mejicana.

IV.

Volviendo ahora nuestra atencion hácia los trabajos de organizacion del Imperio, objeto preferente de los desvelos de Maximiliano, digamos los progresos que se hicieron sobre este asunto, en el primer semestre de 1866. Proseguianse con actividad, aunque luchando con todo género de contrariedades, los trabajos para establecer un sistema razonado de impuestos, que al paso que se aumentáran los ingresos, se pudiera atender al desarrollo de los intereses materiales del país, cuando súbitamente quedaron interrumpidos estos trabajos, á causa de la muerte inesperada de Mr. Langlais, encargado de la direccion de la Hacienda, ocurrida el 23 de Febrero.

Este suceso fué objeto de diversos comentarios, algunos de los cuales suponian que la muerte de Langlais habia sido por envenenamiento. Parece que el famoso hacendista francés queria establecer, en lo posible, el equilibrio entre el presupuesto de ingresos, que ascendía á unos 400 millones de reales, y el de gastos que importaba 1.300 millones. Para nivelar los ingresos con los gastos, ó reducir al ménos el déficit, se proponía Mr. Langlais suprimir unos 3.000 destinos inútiles, algunos con sueldos muy considerables, y reducir los de los funcionarios que continuáran desempeñando sus destinos, empezando por la dotacion de la casa imperial. En su consecuencia se dijo en Méjico que uno de los altos empleados que iban á sufrir los efectos de la reforma, habia sido el autor del asesinato. Tambien se atribuyó el envenenamiento á ser Mr. Langlais quien inspiró al Emperador el decreto que suspendía el pago de los dividendos de la deuda flotante, hasta que se comprobára la legitimidad de ellos, en ra-

zon á que muchos de los títulos no representaban valores recibidos por el Tesoro, sino que eran meramente la espresion de los abusos cometidos por los diversos gobiernos mejicanos para enriquecerse y proteger á sus parciales.

La muerte de Mr. Langlais dió motivo para una modificación ministerial, que tuvo lugar el 10 de Marzo, con la dimision de los ministros *Esteva* (Interior), *Peza* (Guerra), *Robles* (Obras públicas), *Ramírez* y *Artigas* (Instrucción pública); pero el gabinete no pudo sostenerse, y el 5 de Abril se confirió la presidencia del ministerio con la cartera de Hacienda á D. José María Lacunza, que era á la sazón presidente del Consejo de Estado. El nuevo ministerio quedó constituido de la manera siguiente: Negocios extranjeros y Marina, D. Martín del *Castillo*; Estado y Gobernación, D. José Salazar *Harregui*; Justicia, Cultos é Instrucción pública, don Pedro *Escudero Echanove*; Guerra, el general D. José María *García*. El general Almonte fué nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Imperio cerca del Emperador de los franceses.

V.

En el breve período de mando del ministerio Lacunza (1), se promulgó la nueva ley de contribucion sobre la propiedad inmueble, cuya ejecucion debia empezar en el mes de Setiembre; en esta ley se habian adoptado los principios económicos más generalizados en Europa, confiando que contribuirían á aumentar los ingresos de un modo considerable; y se concluyó la publicacion de los presupuestos para el año 1866, en los cuales aparecieron muy reducidos los gastos del Imperio, en lo relativo á la administracion, ya que para el pago de la Deuda pública hubo necesidad de consignar cantidades considerables. El Emperador Maximiliano habia reducido á la tercera parte su lista civil, y á la mitad la asignacion que tenia la Emperatriz, quedando por consi-

(1) Lacunza se retiró en Julio, y le substituyó el intendente general Mr. Friant, del cuerpo expedicionario francés; tambien hizo dimision el general *García*, que fué substituido por el mayor general del ejército francés Mr. Osmont.

guiente reducida la dotacion del primero á 500.000 pesos y la de la Emperatriz á 100.000 pesos.

Entre las bases adoptadas para la reorganizacion de la Hacienda, debe mencionarse un decreto que institua, aparte de la contribucion sobre la venta, un derecho de medio real por cada 50.000 varas cuadradas sobre las propiedades rurales en general. Los propietarios á quienes obligaba la ley debian hacer la declaracion de sus tierras en los dos meses á la publicacion del decreto, bajo pena de confiscacion. Si la declaracion pareciera no ser exacta, se ordenaba que se procediera á una informacion, y del escedente que pudiera resultar se incautaria el Estado.

Respetando los derechos adquiridos, este decreto obligaba á los grandes propietarios á abandonar las tierras que quedaran improductivas en sus manos á causa de su inmensa estension; considerando que el campo ó la casa que no produce nada, es ménos que un recurso. Con estas medidas, se esperaba que el Estado se encontraría pronto en situacion de ofrecer á la emigracion ventajas que no habia tenido hasta entonces, poniendo á su disposicion los terrenos sobre los cuales cada uno habia establecido sus derechos, segun su conveniencia ó sus compromisos. Podria igualmente iniciar la emancipacion de la raza indiana, afecta en parte al nuevo orden de cosas, haciéndola pasar desde el proletariado á la condicion social que ofrece más garantías al orden público y al progreso, es decir, á la dignidad que dá la conciencia de la posesion y el sentimiento de independencia.

Asegurando al país una renta permanente, se creía fácil bajar más adelante las tarifas de aduanas, cuya elevacion forzada perjudicaba á su desarrollo industrial y comercial; y se esperaba especialmente que en lo sucesivo se podría atender á los gastos del Estado sin recurrir á esos ruinosos empréstitos, á que son tan aficionados ciertos gobiernos europeos, empréstitos que salvan algunas veces el presente, pero casi siempre comprometiendo el porvenir. Faltaba solo que el decreto fuera puesto en vigor y no llegara á ser letra muerta, como los precedentes; pero los propietarios empezaron á reclamar contra

estas leyes que llevaban la fecha de 26 de Mayo y que hubieran sido el acto más importante del gobierno imperial. Por lo demás, las objeciones hechas por los propietarios, no eran de bastante peso para merecer ser refutadas ni se fundaban en ningun interés general, sino sobre intereses particulares que quedaban lastimados con estas leyes.

Rápidamente resumiremos aquí las demás reformas y mejoras realizadas desde Enero á fin de Junio. Dictáronse varias disposiciones para la formacion de algunos cuerpos militares, y se trabajó con ahinco para llenar los cuadros del ejército imperial, á fin de contar con batallones bien organizados que pudieran prestar cualquier clase de servicio con la prontitud y celeridad que exigen las operaciones militares. Dióse tambien grande impulso á las obras públicas, inaugurando la primera seccion del importante camino de Veracruz á Puebla por Jalapa, por el cual pagó el gobierno una subvencion de 30.000 pesos. El camino de Veracruz á Méjico avanzaba por ambos extremos, el del puerto hasta Paso del Macho, y por la parte de Méjico hasta Apam; y finalmente, se concluía la línea telegráfica del interior.

Continuaba organizándose la administracion de justicia bajo el régimen de tribunales colegiados, en vez de unitarios, nombrándose el personal respectivo para cada departamento, y empleando á las personas más aceptables por su probidad y su ciencia. Un decreto publicado en Junio, disponia que se refundiera el ministerio de Estado en el de Gobernación, realizando con esto una economía sin menoscabo del servicio público. Expidióse asimismo una ley sobre beneficencia, determinando las facultades y atribuciones de los Consejos, y dictando algunas medidas sobre administracion de los fondos destinados á un objeto tan filantrópico; y por último, el dia 7 de Junio se inauguró bajo los auspicios de la Emperatriz Carlota, la Casa de Maternidad en la ciudad de Méjico.

VI.

Otra vez vuelve á presentarse en escena el turbulento general Santana, publicando el 5 de Junio, en los Estados-Unidos, donde

se encontraba, un singular manifiesto dirigido á los mejicanos, antítesis completa del que habia dado en 27 de Febrero de 1864. Despues de recordar los diversos períodos de la historia de Méjico en que habia ejercido el mando supremo, se disculpaba de haber aspirado alguna vez á restablecer la monarquía. La memoria de lo que hizo en Veracruz era tan reciente, que en vano se esforzó en su nuevo manifiesto para justificarse de haber ofrecido sus servicios al Imperio poco tiempo antes de la llegada de Maximiliano.

El Santana de Elizabethport se arrepiente de los errores del Santana de Veracruz; ahora ataca lo que antes enaltecia, y pondera las escelencias de lo que antes censuraba; el Imperio no sirve para hacer felices á los mejicanos; no hay otro camino que la República y las instituciones democráticas. Juárez, á cuya administracion achacaba antes las desgracias del país, es ahora un gran patriota y un gran político; Ortega es un gran patriota y un gran general; pero están desunidos, y Santana se presenta como mediador con la oliva de paz en la mano, exhortándoles á que acallen su mútuo resentimiento y se unan para combatir al enemigo comun de Méjico, que no es otro que el Imperio.

El manifiesto de Santana termina pidiendo una cosa imposible: ruego á sus conciudadanos que le crean, á él, que tantas veces les habia engañado, y tantas se habia contradicho á sí mismo. «Creed,—les decia,—en la sinceridad de mis palabras y de mis intenciones; yo no puedo, no debo, no quiero cerrar el libro de mi vida con una mentira; busco para mi tumba un laurel nuevo que la cubra con apacible sombra. Apresuremos la obra del triunfo nacional, confiad en mis palabras y estad prontos. ¡Abajo el Imperio! ¡Viva la República!»

Esta nueva calaverada de Santana, fué acogida con el desprecio que merecia. Habia ido á Nueva-York con el objeto, segun decia públicamente, de ir á ponerse á las órdenes de Juárez y combatir á Maximiliano; pero nadie le creyó. Los mejicanos residentes en aquella ciudad publicaron un manifiesto, declarándole traidor y criminal. Juárez y su representante en Washington lo rechazaron

tambien. Viéndose desairado por sus compatriotas, apeló á otros medios, inconcebibles en un hombre que en ciertas épocas de su vida, habia tenido páginas tan gloriosas. Se ofreció ó se prestó á servir de instrumento á cierto partido de los Estados-Unidos, que dispuesto á ayudar á los republicanos de Méjico para derribar el Imperio, aspiraba sin embargo á reintegrarse con la adquisicion de algunas provincias mejicanas.

Pero fué tambien desairado por el gobierno de los Estados-Unidos. Seward y Santana conferenciaron, sin lograr ponerse de acuerdo, y como los agentes de Ortega solicitaban tambien el concurso de los americanos, el gobierno de los Estados-Unidos no sabia qué decidir en presencia de tres partidos mejicanos que se disputaban en Washington el poder, el de Juarez, el de Ortega y el de Santana. La comision de Negocios extranjeros de la Cámara de representantes, encargada de informar sobre la cuestion mejicana, presentó cinco soluciones diferentes, en una de las cuales, la cuarta, la comision aconsejaba desconfiar de Santana, y abandonarlo á su suerte, recordando la traicion que habia hecho en otro tiempo á los Estados-Unidos. Al fin prevaleció la quinta solucion, que consistia en continuar reconociendo á Romero como el verdadero representante de la República mejicana, y á Juarez como presidente; prestarle bajo su palabra 20 millones de dollars, para los gastos de la guerra con el Imperio, y concederle el auxilio eficaz y la proteccion de los Estados-Unidos.

Otra de las soluciones que proponia la comision consistia en reconocer á Ortega como presidente legítimo de la República mejicana, aprobar el proyecto de empréstito de 20 millones de dollars, tomando por hipoteca la Sonora, Chihuahua y la Baja California, entendiéndose que la inversion de estos fondos quedaria al arbitrio de Ortega, el cual, en su calidad de presidente de Méjico, si esta solucion se aceptaba, garantizaria el reembolso. El general Ortega, que se hallaba en Washington, y que encontró cierta proteccion entre algunos altos funcionarios y varios diputados, no se des-cuidaba para adquirirse el concurso de los

Estados-Unidos, dando por más válidos sus derechos á la presidencia que los de Juarez. Al plan para reconocer á Ortega como presidente provisional de Méjico, en la hipótesis admitida por la comision, iba unido el nombramiento de Santana, como general en jefe del ejército de la República; pero ya hemos dicho que tales combinaciones fueron desechadas, y que al fin el gobierno de los Estados-Unidos se decidió por reconocer á Juarez como presidente legal de la República, y ayudarle eficazmente con toda clase de auxilios. Ya veremos más adelante, como Ortega y Santana, al verse defraudados en sus esperanzas, y aguijoneados por su ambicion, prepararon la famosa conspiracion del 15 de Julio, fraguada en contra del régimen imperial.

CAPÍTULO III.

Política de los Estados-Unidos con respecto á la cuestion mejicana. — Correspondencia entre Mr. Seward y Mr. Drouyn de Lhuys. — El gobierno de Washington se niega á reconocer el Imperio, y exige del gobierno francés la retirada de sus tropas de Méjico. — El general Logan es nombrado ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos en la República de Méjico. — Mensaje del presidente Johnson. — Actitud de las Cámaras sobre la cuestion de Méjico. — El presidente presenta á las Cámaras la correspondencia sobre fusilamientos de republicanos en Méjico. — Discurso del general Grant. — Continúa la correspondencia diplomática entre Seward y Drouyn de Lhuys. — Triunfo del primero. — Queda resuelta la retirada de las tropas francesas. — Discurso de Napoleon III en la apertura de las Cámaras francesas. — Se anuncia oficialmente en el «Monitor» el regreso del ejército expedicionario de Méjico. — Reclamaciones del gobierno de Washington sobre la formacion de una legion austriaca al servicio de Maximiliano. — El gobierno austriaco manda suspender la partida de los voluntarios. — Estado de los asuntos de Méjico en fin de Junio de 1866.

I.

Sería incompleto nuestro trabajo, si no examináramos ahora con la estension que su importancia requiere, la política del gobierno de los Estados-Unidos con respecto á la cuestion mejicana, y la influencia decisiva que ejerció para apresurar el término de la guerra. Cuando la triple expedicion europea organizada en virtud del convenio de Londres, llegó á las playas de Veracruz, el pueblo de los Estados-Unidos, dividido en dos campos, sostenia una lucha gigantesca,

no para satisfacer la ambicion de un conquistador ó defender la preponderancia de un monarca sobre otro, sino para resolver la cuestion de la esclavitud. Confederados y federales luchaban por una idea, no por un hombre. Con la toma de Richmond (3 de Abril de 1865) terminó la contienda; y cuando resuelta la cuestion interior, volvieron su atencion hácia las cuestiones exteriores, vieron que ya no existia la República mejicana.

No era difícil prever cuál sería la actitud de los Estados-Unidos con respecto al imperio de Maximiliano, iniciado por un monarca europeo, sostenido por tropas europeas, y creado con el objeto de estender en América la influencia europea. Norma de su conducta, ante un hecho semejante, debia ser y lo fué ciertamente, la famosa doctrina del presidente Monroe, quien cuarenta años ántes habia dicho á los pueblos americanos: «Ha llegado el tiempo en que no debeis sufrir que la Europa se mezcle en los asuntos de América.» Pero ya fuese por la enorme deuda que por mucho tiempo impedirá á los Estados-Unidos mezclarse en una nueva guerra, ya fuese por las dificultades que encontraba el gobierno de Washington para la reconstruccion de la Union americana, los jefes del poder y todos los hombres sensatos de los Estados-Unidos deseaban la paz á todo trance. No apelaron, pues, á la fuerza de las armas para derrocar el Imperio; pero no lo reconocieron tampoco, reservándose escoger la ocasion y los medios oportunos para derribarlo.

El gobierno de los Estados-Unidos adoptó una política espectante; declaró por de pronto que permanecería neutral en la contienda que se debatía entre Juarez y Maximiliano; pero no disimulando jamás sus simpatías hácia la causa personificada en el primero. Desde que se anunció la aceptacion definitiva de la corona de Méjico por el archiduque Maximiliano, Mr. Seward trazó á los ministros plenipotenciarios de los Estados-Unidos residentes en Europa, la línea de conducta que debían seguir con respecto á Maximiliano ó á sus representantes, declarando que los Estados-Unidos no reconocían en Méjico otro gobierno que el del presidente Juarez; en este sentido se

mandaron en 1864 instrucciones á mister Karner, ministro en España; á Mr. Motley, ministro en Austria; y á Mr. Wood, ministro en Copenhague (1).

El presidente Johnson no se apartó de la política iniciada por el gran Lincoln, y uno de sus primeros actos consistió en negarse á dar audiencia al portador de una carta del Emperador de Méjico, alegando que no reconocía en Méjico otro gobierno que el de Juarez (18 de Julio de 1865). Pocos meses despues, desde Octubre del mismo año, empezaba Mr. Seward, ministro de Negocios extranjeros de los Estados-Unidos, una estensa correspondencia diplomática con el ministro de Negocios extranjeros de Francia, cuyos documentos encontrarán nuestros lectores en otro lugar. En esta correspondencia Mr. Seward revela un espíritu fino y astuto, que suele llegar hasta la audacia. Amenaza á las potencias europeas con la posibilidad de una intervencion armada de los Estados-Unidos en Méjico; y á sus cartas, Mr. Drouyn de Lhuys, desanimado por la cuestion de Alemania que amenaza encender el fuego de la guerra en toda Europa, responde unas veces con evasivas y otras con concesiones.

Con fecha 18 de Octubre de 1865, monsieur Drouyn de Lhuys escribia al representante de Francia en Washington, un despacho que revela bien claramente la actitud poco enérgica del gobierno francés. Manifiéstase éste dispuesto á adoptar sin dilacion las bases de un arreglo con el gabinete de Washington, con respecto á la evacuacion de las tropas francesas, con tal que los Estados-Unidos adoptasen con el gobierno imperial una actitud amistosa que contribuyese á la consolidacion del orden.

«Lo que pedimos á los Estados-Unidos,—dice Mr. Drouyn de Lhuys,—es la seguridad de que no es su intencion embárazar la consolidacion del nuevo orden de cosas fundado en Méjico, y la mayor garantía que podríamos recibir de sus intenciones, sería el reconocimiento del Emperador Maximiliano por el gobierno federal. Este reconocimiento tendria en nuestra opinion una influencia suficiente sobre el estado del país,

(1) Véase en los Apéndices la *Correspondencia diplomática de los Estados-Unidos*.